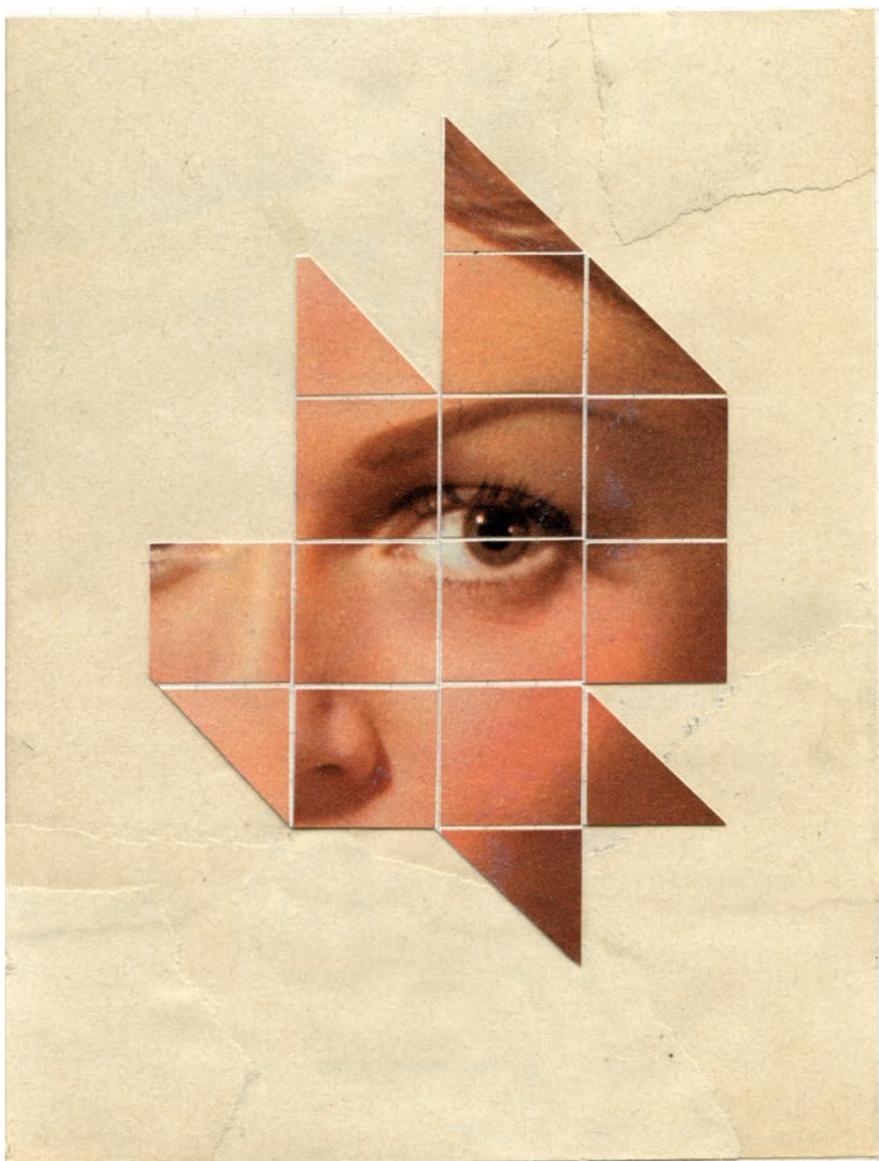


**Juan Gómez Bárcena**

El cielo de Lima





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Juan Gómez Bárcena**  
El cielo de Lima

---

© Juan Gómez Bárcena, 2014

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-322-4233-5

Depósito legal: B. 13.431-2023

Composición: La Nueva Edimac, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

---

Al principio es solo una carta ensayada muchas veces, queridísimo amigo, estimado poeta, muy señor mío; un comienzo diferente para cada pliego que acaba rasgado bajo el escritorio, lustre de las letras españolas, distinguido Ramón Jiménez, admirado Maestro, compañero. Al día siguiente la sirvienta mulata barrerá las pelotas de papel esparcidas por el suelo y las confundirá con poemas del señorito Carlos Rodríguez. Pero esta noche el señorito no escribe poemas. Fuma un cigarro tras otro con su amigo José Gálvez y juntos sopesan las palabras precisas con que dirigirse al Maestro. Antes han buscado su último título por las librerías de toda Lima y solo han encontrado una edición resobada de *Almas de violeta*, que ya han leído muchas veces y cuyos versos son capaces de recitar de memoria. Y ahora garabatean tantas palabras que un instante después sonarán ridículas, noble amigo, insigne pluma, nuestro más audaz renovador de las letras, acaso usted, en su infinita bondad, no tendría un gesto para con nosotros sus amigos del otro lado del Atlántico, sus fervorosos lectores del Perú —pues ha de saber, don Juan Ramón, que acá seguimos sus versos con una admiración de la que acaso no tenga noticia—; no sería muy inoportuno por nuestra parte rogarle nos hiciera llegar un ejemplar de su último libro, de estas arias

---

tristes tuyas imposibles de hallar en Lima; no sería, ah, un abuso esperar esa pequeña atención de usted sin remitirle las tres pesetas de su precio.

Cuando se cansan beben pisco. Abren las ventanas para asomarse a las calles desiertas. Es una noche sin luna, corre el año 1904; apenas son unos niños de veinte años, con la juventud suficiente para sobrevivir a dos guerras mundiales y celebrar el trofeo de Perú en el Campeonato Sudamericano, casi treinta y cinco años más tarde. Pero por supuesto ahora no saben nada de eso. Solo rasgan un papel tras otro, en busca de unas palabras que saben imposibles. Porque con la última carta arrojada al suelo comprenden por fin que no conseguirán su ejemplar firmado de *Arias tristes* por mucho que lo llamen admirado prócer de las letras y honra de España y las Américas; ni una sola línea a vuelta de correo si le confiesan que son solo dos señoritos jugando a ser pobres en una buhardilla de Lima. Hay que adornar la realidad, porque al fin y al cabo eso es lo que hacen los poetas, y ellos lo son, o al menos sueñan con serlo a lo largo de muchas noches en vela como esta. Eso es exactamente lo que están a punto de hacer ahora, el poema más difícil, uno que no tenga versos pero sepa conmover el corazón de un verdadero artista.

La primera vez parece una broma pero luego resulta que no es una broma. Uno de los dos dice casi sin pensarlo: sería más fácil si fuéramos una mujer bonita, verías cómo entonces a don Juan Ramón se le iba el alma en contestarnos, esa alma suya de violeta, y entonces se interrumpe de pronto, los dos jóvenes se miran un momento y casi sin quererlo la travesura ya está urdida, ríen, se felicitan por la ocurrencia, intercambian palmadas y vasos de pisco, y a la mañana siguiente se reúnen en la buhardi-

---

lla con un pliego de papel perfumado, que Carlos se ha acordado de robar del escritorio de su hermana. Es también el propio Carlos quien escribe; tantas veces se burlaron en el liceo de su caligrafía de mujer, de letras redondas y suaves como una caricia, y por fin ha llegado la hora de sacarle algún partido. Cuando usted quiera, señor Gálvez, dice conteniendo la risa, y juntos comienzan a recitar esas palabras largamente maduradas para las que solo necesitan papel verjurado y un escribiente con letra de mujer; ese poema sin versos que no recogerá ningún libro pero que está a punto de hacer lo que solo sabe la mejor poesía: nombrar lo que nunca antes ha existido y darle vida.

De esas palabras nacerá Georgina, tímidamente al principio, porque así es como escogen que sea, una jovencita miraflores que suspira con los versos de Juan Ramón y cuya candidez les hace reír en las pausas. Una muchacha que de tan ingenua solo puede ser bonita. Es ella la que pide un ejemplar de *Arias tristes*; ella la que está tan avergonzada por su atrevimiento; ella la que ruega al poeta que la disculpe y la comprenda. Falta la firma, y con ella un apellido sonoro y poético, que acuerdan tras un largo debate en el que agotan la bebida y las pastas: Georgina Hübner.

Y Georgina empieza por ser solo eso, un nombre y una carta lacrada que viajará de mano en mano durante más de un mes, primero en el escote de la criada analfabeta, más tarde en el bolsillo del mozo que por el encargo cobra medio sol y un pellizco en el inmenso culo africano de la sirvienta. Después pasará por las manos de dos empleados de correos, un estibador aduanero y un marinero de línea; de ahí al vapor que cubre el trayecto Lima-Montevideo, en un saco de cartas en el que por lo general

---

abundan las malas noticias. De Montevideo un rodeo innecesario hasta Asunción, por la negligencia de un cartero al que le faltan treinta días para jubilarse y la vista necesaria para entender las caligrafías pequeñas. De Asunción en tren de nuevo hasta Montevideo a través de la selva, para embarcarse en la bodega de un buque donde se salvará de forma milagrosa de las mandíbulas de una rata que antes ha dejado irreconocibles otras muchas cartas.

Y todavía entonces Georgina no habrá comenzado a vivir; todavía no será más que un papel de esquila que en la oscuridad de la saca de correo estará ya perdiendo su último aliento a perfume. Aún le quedan tres semanas de viaje transatlántico, acompañada por dos polizones que cada tanto se susurran impresiones en un portugués de los arrabales; y después el desembarco en La Coruña, el tren, la oficina de postas, y de nuevo el tren, el empleado de correos que no lee poesía y a quien el nombre del destinatario no le dice nada, Madrid, Madrid por fin. Y resulta que en algún punto de su larga travesía Georgina ha comenzado a respirar y a vivir; que cuando por fin llega a la casa del poeta es ya una mujer de carne y hueso, una jovencita lánguida que palpita a través de un arroyo de tinta y ahora espera respuesta en su quinta de Miraflores. Un ser tan real como la carta sin aroma que Juan Ramón Jiménez abrirá esa misma mañana en su despacho, con manos primero firmes y después temblorosas.

---

Dos empleados de correos, un oficial de aduanas que rasga un poco el envoltorio del paquete para verificar que no contiene mercancía de contrabando; otro saco en el que las malas noticias —defunciones, abortos, reclusiones imprevistas en balnearios y casas de reposo; una luna de miel que termina con las joyas de ella apostadas y perdidas en el casino de Estoril— vuelven a ser más abundantes que las buenas noticias —un viajero que llegó sano y salvo; un indiano que acepta reconocer a su hijo mestizo—. Por el mar a Montevideo en una bodega sin polizones ni ratas; del barco a la oficina de postas y de ahí de nuevo al muelle para embarcarse a Lima, esta vez por el camino correcto, pues el empleado de correos miope ya se jubiló y disfruta de un retiro sin gloria en el barrio de Pocitos; del puerto de Lima a la estafeta de correos, y ocho manos más tarde en el zurrón del mismo mozo de cuerda, que vuelve a cobrar medio sol y otro pellizco en el culo de la criada. Solo que esta vez el paquete no le cabrá en el sostén y se contentará con abandonarlo sobre el escritorio del señorito José, sin molestarle en mirar esos garabatos que de todas formas no sería capaz de entender.

*... He recibido esta mañana su carta, tan bella para mí, y me apresuro a enviarle mi libro Arias tristes, sintiendo*

---

*solo que mis versos no han de llegar a lo que usted habrá pensado de ellos, Georgina...*

Esa misma noche celebran por las tabernas su libro firmado y la carta de puño y letra del Maestro. Invitan a sus amigos, otros poetas tan pobres como ellos que van llegando en sus coches de caballos, y mientras les ayudan a quitarse los gabanes dicen beban, beban cuanto quieran, esta noche Georgina Hübner les convida. Después vienen las explicaciones, y los brindis, y la carta leída en voz alta; los que se creen la historia y los que no se la creen, menos chanzas, Carlitos, no es posible que esos melindres los haya escrito el autor de *Ninfeas y Almas de violeta*. Pero luego ven sobre la mesa la firma del poeta, y ese libro que solo puede encontrarse en las librerías de Sol y Las Ramblas, y comienzan las palmadas en la espalda y las risas con la boca abierta.

*La carta de usted es del 8 de marzo, a mí no me ha venido hasta hoy, 6 de mayo. No me culpe de la tardanza. Si usted me envía siempre su dirección —en el caso de que vaya a cambiar de domicilio—, yo le mandaré a usted los libros que vaya publicando, siempre, claro está, con el mayor placer...*

Las opiniones son que hay que contestar la carta, que no hay que contestar la carta, que Georgina debe corresponder a la gentileza del Maestro con una fotografía o cuando menos unas postalitas de Lima; que los grandes poetas no merecen burlas y hay que confesar cuanto antes la verdad, que qué se saca con la verdad, que deben dejar la broma antes de que la cosa acabe mal; que la cosa acabará mal, y qué importa. Al final es José el que se pronuncia dando un sonoro puñetazo sobre la mesa: yo digo que contestemos, carajo. Y contestarán, pero eso será ya al día siguiente, cuando visiten la buhardilla en el sopor

---

de la resaca, armados con el papel perfumado de rosas que han comprado para la ocasión.

Esta noche prefieren divertirse. Ensayar respuestas al poeta primero más o menos sensatas y luego cada vez peor aconsejadas por el alcohol y la euforia. Salir a la madrugada de Lima recitando a coro las *Arias tristes*, que con una botija de chicha en la mano ya no parecen tan tristes. Y después —pero hay que perdonarlos, porque para entonces ya son mucho más borrachos que poetas— empezar a tratarse de damas y señoritas; llamarse unos a otros ¡Georgina! a voz en grito, y aflautar la voz, y arremangarse las faldas que no llevan, y fingir vahídos y desmayos, y por último orinar de cuclillas, todos juntos y muertos de risa, en la rosaleta de los Descalzos.

*... Gracias por su fineza. Y créame muy suyo, que le besa los pies.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

---

Supongamos que tuviéramos que describir a José y a Carlos en una sola línea. Que sobre ellos únicamente nos estuviera permitido pronunciar, pongamos por caso, diez palabras; su existencia resumida en el espacio de un telegrama. En tal caso, probablemente usaríamos estas:

Son ricos.

Creen ser poetas.

Quieren ser Juan Ramón Jiménez.

Pero afortunadamente nadie nos pide que seamos tan breves.

---

*Son ricos.*

Lo son ambos, aunque esto, más que una coincidencia, es casi una obviedad. En 1904 la amistad entre miembros de diferente clase social es algo así como una suerte de literatura fantástica; un género reservado para mentes particularmente ingenuas, como puede ser la de un niño al que se lee *El príncipe y el mendigo* antes de recibir el beso de buenas noches.

Existen, por supuesto, circunstancias en las que se producen modestas relajaciones de este principio. Quien más quien menos ha oído hablar de terratenientes que se entretienen concediendo generosos favores a sus campesinos, tal vez resarcidos por el placer de verlos esperar largos minutos en sus gabinetes de invitados, con la gorra apretada contra el pecho y en los ojos el miedo de manchar de fango las alfombras. Están también las viudas ricas y benévolas que aconsejan con dulzura a sus doncellas de cámara; que quizás incluso se preocupan de buscar para ellas maridos honrados y sensibles entre los lacayos de sus compañeras de tresillo. Señores que se disfrazan de obreros para emborracharse en tabernas pintorescas, abrazados a hombres cuyo nombre olvidarán más tarde.

En ninguno de estos casos podemos encontrar sínto-

---

mas de amistad. Solo una falsa camaradería en la cual el campesino —o la mucama, o el mayordomo— llevan la peor parte; contestar con monosílabos cautelosos a las preguntas, que muchas veces son órdenes elegantemente dulcificadas, y recibir con vergüenza la limosna de atenciones que el patrón les ofrece. Los señores, en cambio, encuentran satisfactorias y edificantes estas pequeñas charlas, convocadas y desconvocadas a toque de campanilla. En determinado momento el criado se marchará —Alfredo, puede retirarse— y ellos quedarán repantingados en sus butacas, sobre la mesa el vasito de coñac intacto que el criado pudoroso no se ha atrevido a probar, y en sus conciencias la satisfacción de haber sido generosos y humanos.

No queda por tanto más remedio que reconocer que ambos son ricos. Sin embargo, no tienen por qué serlo de la misma manera. La fortuna de los Gálvez, por ejemplo, viene de muy atrás, asociada a una ilustre genealogía de próceres de la patria. Y si bien es cierto que muchos de los soles que acuñaron tan insignes antepasados se han disipado ya, sus descendientes todavía conservan en 1904 las rentas suficientes para permitirse un buen pasar. Por no hablar de su reputación sin tacha, que a la postre se revelará tan preciosa como el oro perdido. Porque todo limeño sabe que el abuelo José Gálvez Egúsqiza murió defendiendo el Callao contra la escuadra española en 1866 y que su tío José Gálvez Moreno fue un héroe de la Guerra del Pacífico, y con tales cartas de presentación quién podría negarle al joven José cuando crezca un puesto de responsabilidad; tal vez una misión diplomática en el extranjero o incluso un Ministerio de Cultura en Lima.

La fortuna de la familia Rodríguez, en cambio, es vergonzosamente reciente. Su padre comenzó a amasarla

---

solo tres décadas atrás, cuando durante la fiebre del caucho probó suerte sangrándole a la selva sus resinas y sus indios. Antes de eso no había sido nadie. Solo un vendedor puerta a puerta de ceras y jabones, que tal vez ya entonces soñaba con convertirse en uno de tantos señores que nunca se dignaban recibirlo. Luego llegaría el oro blanco, y con él la plantación de cuatro mil operarios, y las residencias de invierno y de verano, y las calesas, y su propia servidumbre, tan semejante a esos criados miserables que tantas veces lo retuvieron en el umbral. Incluso un jardín botánico de flores y animales insólitos, por cuyas avenidas de guijo el señor echaba a pasear sus muchas preocupaciones. Todo menos ese pasado ilustre que ni siquiera el caucho puede comprar: el árbol genealógico en el que tantas ramitas indígenas deberían ser podadas. Es ese linaje sin gloria lo que resulta intolerable en algunos salones, en ciertas recepciones solemnes; lo que explica por qué los caballeros inclinan la cabeza diez o doce grados menos a su paso y las señoras ofrecen el dorso de sus manos con la nariz levemente contraída, como perturbadas por un olor incómodo. Como si en los Rodríguez persistiera un leve tufo a charca selvática, a sangre de jíbaro muerto, a caucho vulcanizado, a parafina; la parafina que treinta años atrás vendía puerta a puerta a tres miserables cuartos la onza.

Esto es lo más parecido a una amistad entre clases que podemos encontrar. Un rico de genealogía ilustre y uno aún más rico cuyos antepasados fueron pobres. Y quizás sea incluso exagerado dedicar tantas palabras a esta cuestión, pues sus propios protagonistas no parecen tomársela muy en serio. No olvidemos que creen ser poetas, y esa fe les confiere una ligera elevación sobre el suelo, un desapego distraído por todo lo que recuerde a la reali-

---

dad y sus prosaicas convenciones. Así que por qué va a importarles a ellos que la familia de Carlos no tenga muertos ilustres y la de José tenga demasiados; la Poesía, el Arte, su amistad, sobre todo su amistad, están por encima de todo eso. Al menos eso es lo que contestarían si alguien se molestara en preguntarles. Eso nos trae sin cuidado, dirían, no ve que somos poetas; y esa respuesta debería bastar.

Debería bastar, pero no convencer. Porque está claro que a ellos también les importan las resonancias del apellido y el linaje —ya dijimos que estamos en 1904, y no podría ser de otra manera— aunque no lo reconozcan; aunque quizás ni siquiera lo sepan. Y tal vez es por eso que las opiniones de José, el sobrino del insigne José Gálvez Moreno, siempre parecen un poco más sensatas que las de su amigo, y sus poemas más redondos, y sus chistes sobre peruanos, chilenos y españoles, más graciosos, y sus enamoradas más bonitas; y hasta se diría que en ocasiones parece también más alto, si no fuera porque hace tiempo que una cinta métrica imparcial les reveló que Carlos lo sobrepasa en casi dos centímetros. Fue José quien creó a Georgina —Carlos, sonriente, maravillado, perfectamente borracho, solo asentía— y será también él quien decida su muerte si algún día, Dios no lo quiera, algo tiene que sucederle. Y qué podría hacer Carlos entonces, salvo asentir, aunque no quiera. Solo apurar otro vaso de pisco y brindar por la excelente idea de su amigo; de qué sirven las opiniones de un hijo de cauchero cuando todos los muertos ilustres de un país están en su contra.